

**La formación del espiritualismo argentino.
Proyecto y discurso en Ricardo Rojas.**

*Dante Ramaglia **

La corriente de la cual vamos a ocuparnos corresponde a lo que se conoce en la historia de las ideas como *espiritualismo nacionalista*, denominación que hace referencia a las dos vertientes que confluyen en una singular manifestación cultural surgida a principios de siglo en nuestro país. La posición asumida por el espiritual-nacionalismo representa el intento de esbozar un programa de recambio ideológico por parte de una nueva generación de escritores, quienes producen una interpretación crítica acerca de la situación en que se encuentra la nación en su tránsito a la modernización y reafirman, a la vez, una relativa diferenciación del campo intelectual en formación.

Atendiendo a la dimensión cultural con que fue planteado ese primer proyecto de nacionalismo en la Argentina, entendemos que éste debe ser considerado en un sentido diferente respecto del movimiento doctrinario y político nucleado alrededor del golpe militar de 1930. Aun cuando pueden ser señalados algunos puntos de contacto entre esas propuestas iniciales y las derivaciones que van a tener las ideas nacionalistas según las cambiantes circunstancias del país. En el

*Centro Regional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de Mendoza.

desarrollo de nuestro trabajo remarcaremos los supuestos particulares que contiene la ideología delineada hacia el Centenario, a diferencia de la mayoría de los estudios acerca de la temática general del nacionalismo que han analizado a esa primera manifestación como antecedente inmediato de los planteos posteriores que caracterizarían a este movimiento.

El sustento filosófico dado por el espiritualismo es comprendido como un complemento necesario de la prédica nacionalista, en cuanto para los autores que sostienen esta postura la nación tiene un fundamento de naturaleza esencial, puramente ideal. En consecuencia, entendemos que el espiritualismo nacionalista constituye una forma literaria e ideológica con características propias, en función de los temas que articula para producir una determinada representación de la sociedad y la cultura argentinas. Dicha representación, sin ser no más una de las que circularon en ese período, tiene la capacidad de articular una serie de enunciaciones que configuran el clima de ideas emergente en torno a la conmemoración del Centenario de 1910 y, al mismo tiempo, les otorga un sentido dentro de una propuesta de revisión crítica y de nueva fundación que se proyecta sobre las bases culturales de la nación, hasta alcanzar una presencia marcada en los círculos intelectuales y también en la dirigencia política, la cual trata de encontrar un reposicionamiento ante los dilemas que genera una época de transición.

En particular hemos centrado nuestro análisis en la obra ensayística de Ricardo Rojas (1882-1957), que contiene una primaria y abarcadora síntesis de los motivos y premisas conceptuales que llevaron a erigirse a esta corriente de pensamiento en un programa de renovación durante el período del Centenario. Cabe aclarar que no consideramos a la ideología espiritual-nacionalista, y por consiguiente a la propuesta de Rojas, como la expresión típica y exclusiva de esa época, ni tampoco como la respuesta más adecuada a los problemas que experimentaría entonces la Argentina moderna, tal como lo mostraremos en la evaluación crítica que hacemos respecto de sus planteos principales.

Igualmente, al comprobar la recepción crecientemente favorable que tienen las tesis del nacionalismo cultural, debe reconocerse el modo en que refleja, si no la alternativa válida ante un momento de crisis, por lo menos las contradicciones de una sociedad que había cambiado en

forma acelerada. En este sentido, enfocamos el análisis de esta corriente dentro de una etapa delimitada en sus enunciados fundacionales al período que comprende las dos primeras décadas del siglo actual, cuyas ramificaciones en otras formaciones ideológicas, contemporáneas o posteriores, simplemente las indicaremos para ubicar sus características específicas.

1. FORMACIÓN IDEOLÓGICA DEL ESPIRITUALISMO NACIONALISTA

Las fuentes doctrinarias: espiritualismo y nacionalismo

El surgimiento de las ideas que caracterizan al espiritualismo nacionalista se da a partir de la paulatina consolidación de un entramado discursivo, en donde se van definiendo las posiciones iniciales que demarcaron los límites respecto a otras corrientes. Esto es posible rastrearlo ya desde el período que abarca la primera década del siglo para alcanzar una expresión más orgánica en los postulados que se condensarían entre los Centenarios de 1910 y de 1916, principalmente en los escritos de Ricardo Rojas y, en forma paralela pero con matices distintos, de Manuel Gálvez. Antes de examinar la obra de Rojas donde esboza su programa referido al nacionalismo, es necesario precisar la génesis de estas doctrinas en conexión con el clima social y cultural de ese momento. Así como a través de la reconstrucción de sus lineamientos ideológicos principales pueden reconocerse las diferencias existentes respecto de las versiones similares que se esgrimieron, ya sea dentro del trasfondo espiritualista o fuera del mismo.

Asimismo conviene introducir una aclaración previa respecto a las concepciones que convergen en esta forma de pensamiento. El término *espiritualismo* designa a un conjunto de expresiones culturales con una dilatada extensión temporal que se presentan desde el siglo XIX y, en lo que sería una de sus manifestaciones de principios del siglo XX, adquiere una orientación especial al asociarse con las posiciones que prefiguran el nacionalismo. La filosofía espiritualista ha sido identificada con un amplio espectro de ideas en el ámbito rioplatense, entre las que se destaca el movimiento romántico argentino. Esta corriente es eclipsada en el momento de ascenso del positivismo, entre 1890 y 1910, que

sustituye las nociones metafísicas en que se apoyan las doctrinas espiritualistas por el énfasis volcado hacia explicaciones basadas en un criterio experimental. No obstante, es posible encontrar puntos de contacto entre ambas corrientes, romanticismo y positivismo, por su pertenencia a la órbita cultural de la modernidad y, en el plano de las ideologías políticas, por enmarcarse en el amplio espectro del liberalismo, desde donde son diseñadas las pautas que guían la construcción de la nación. Por otra parte, se hallan manifestaciones del espiritualismo que coexisten con el período de predominio positivista, lo que muestra la influencia de esta primera orientación en lo que constituiría el antipositivismo de la década del '30. Dentro de las formas de transición, que conectaron el pensamiento espiritualista decimonónico con la posterior reacción antipositivista, puede ubicarse la corriente de ideas que abordamos en este trabajo¹.

La filiación literaria de los autores que pertenecen a la misma elude definiciones precisas de lo que entienden por *espiritualismo*. Sin embargo, según la direccionalidad semántica que fijan en sus textos respecto a este concepto, va a asociarse con una serie de connotaciones que vinculan lo "espiritual" al núcleo de valores esenciales arraigados en la tradición nacional, valores que a la vez pueden ser captados intuitivamente. De allí que la orientación idealista reivindicada por ellos se dirija hacia un objetivo establecido *a priori* y de modo unívoco, en cuanto se parte de afirmar que los principios constitutivos de la nacionalidad están dados previamente y sólo se confirma su realización en la historia². Si de alguna manera se vinculan estas concepciones con lo que ha sido reconocido como un *neorromanticismo*, puede advertirse también la distancia que existe respecto de las formulaciones de los románticos argentinos de mediados del siglo pasado, como Alberdi y Sarmiento, tan claramente constructivos en su visión histórica.

En relación con el *nacionalismo* propugnado por esta corriente hay que aclarar que no llega a constituirse en una doctrina política de carácter integral y antidemocrática, como la que se presentaría años más tarde en la Argentina³. Es más bien la respuesta puntual a una situación conflictiva planteada en esa época, que gira alrededor de las consecuencias del proyecto modernizador, ya sea por la mentalidad extranjerizante que se le adjudica a sus promotores, así como encuentra un punto de referencia en los conflictos derivados de la población

inmigrante que ingresa masivamente. Igualmente, en la medida que el recurso al nacionalismo se convierte en una ideología explícita, tiene una función distinta respecto de los planteos que se habían ocupado de la problemática nacional durante la segunda mitad del siglo XIX, en los que desempeñaron un papel importante las etapas sucesivas del romanticismo y del positivismo.

Podemos, entonces, retomar el desarrollo de nuestro trabajo preguntándonos por las condiciones bajo las cuales se fue produciendo el conjunto de temas que caracterizaron al espiritualismo nacionalista y, en todo caso, qué significación tuvieron en la coyuntura de principios de siglo.

Práctica literaria y crítica de la sociedad burguesa

Un punto de referencia en la difusión de lo que sería el movimiento intelectual que promueve el pensamiento espiritual-nacionalista argentino lo constituye la revista *Ideas*, aparecida entre 1903 y 1905 bajo la dirección de Manuel Gálvez, secundado primero por Ricardo Olivera y luego por Emilio Ortiz Grognet. En los artículos de esta revista colaboraron Ricardo Rojas, Emilio Becher, Juan Pablo Echagüe, Alberto Gerchunoff, Atilio Chiappori y Mario Bravo, entre otros. *Ideas* representa el medio de expresión de una nueva generación de escritores, en un momento donde la tarea intelectual comienza a adquirir un perfil marcadamente distinto en la sociedad; que es conocido como la "profesionalización" de la actividad literaria.

El marco general de esta nueva situación que experimentan los intelectuales debe situarse en el fenómeno derivado del proceso de modernización implementado desde finales del siglo pasado. Paralelamente a las transformaciones producidas en la estructura social y económica de la República Argentina se iba a organizar una esfera cultural autónoma, que comienza a diferenciarse de otros ámbitos, especialmente del estatal. Todavía en proceso de formación en esa época, el campo cultural busca delimitar su inserción en las sociedades rediseñadas con el avance del mundo capitalista moderno, por lo que también necesita legitimar sus funciones respecto de otros subsistemas: económico, político, religioso, etc.

Tal como lo han analizado Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano⁴, en la emergencia de un campo intelectual profesional en la Argentina de la

primera década del siglo intervienen una serie de factores. Estos tienen que ver, en parte, con las condiciones materiales que lo hacen posible, como es la formación de una incipiente industria cultural y de un mercado literario, que conllevan además la proliferación de revistas especializadas y libros en ediciones locales más accesibles económicamente. También influye la creación de instituciones universitarias y centros de actividad académica, sociedades de escritores y periodistas, certámenes literarios y conferencias. Todos estos hechos informan acerca de la existencia de un grupo importante de personas dedicadas a la tarea intelectual, que establecen nuevas formas de relación entre sí y, al mismo tiempo, respecto al público lector que se había ampliado a principios de siglo.

Por otro lado, conjuntamente con la aparición de un perfil más profesional surge un discurso que justifica la función del intelectual en la sociedad moderna. Aun sin contornos precisos y dotado de una cierta inestabilidad, en cuanto no se desliga por completo del ámbito público en que se había desarrollado anteriormente, el rol del escritor se diferenciaría al dirigir su crítica a las derivaciones negativas del mismo proceso de modernización. Pero esta situación, aparentemente paradójica, no puede entenderse sólo como una impugnación directa de la modernidad, sino como el resultado del carácter contradictorio que presenta este fenómeno en América Latina, en que los desajustes entre la apertura que rige en lo ideológico y la inercia seguida por los fenómenos materiales parece agudizar el contraste de lo que queda sólo en el nivel imaginario del proyecto moderno, frente a una realidad que no se somete fácilmente a los designios del cambio. De allí que también en las respuestas a esta tensión se halla el origen que connota a nuestra modernidad cultural desigual y periférica⁵.

Ahora bien, si consideramos las modificaciones profundas de la sociedad que se dan a comienzos de siglo, junto con el crecimiento de una industria cultural, puede comprenderse el modo en que es elaborada la propia percepción de la misión a cumplir por el grupo de autores que estamos considerando. En este sentido, debe destacarse que la nueva configuración sociológica representada por el intelectual, que aquí identificamos en particular con la actividad literaria a diferencia de otros estratos profesionales que había requerido la modernización nacional, reviste también características diferenciadas respecto a la

función que se asigna a esta tarea según sean las trayectorias individuales. Aunque la importancia de la escritura se rescata en la mayoría con un acento crítico frente a lo que consideran las desviaciones "materialistas" del mundo moderno, resulta necesario atender a las orientaciones ideológicas distintas que se derivan de esta crítica, en lo cual incidirían la extracción y expectativas sociales de quienes asumen el oficio intelectual.

En el caso del conjunto de escritores que luego promueven el nacionalismo cultural, puede constatarse que muchos de ellos habían arribado del interior para seguir carreras universitarias de las que desertan o siguen paralelamente a su vocación inclinada hacia la literatura y, en el medio propicio que les ofrece la capital porteña, encuentran algunos la posibilidad de sostenerse económicamente en las redacciones de los diarios y revistas. Aun cuando varios pertenecen a grupos familiares entroncados con las élites provinciales, que habían tenido una participación política directa durante el régimen roquista Rojas proviene de Santiago de Estero donde su padre fue gobernador, Gálvez es sobrino del gobernador y su padre ocupa cargos importantes en el gobierno de Santa Fe- sus posturas iniciales son marginales y de desdén hacia la política.

Cuando Gálvez rememora en su libro *Amigos y maestros de mi juventud* la experiencia de los miembros de *Ideas*, destaca la filiación literaria que los une. En su evocación idealizada, las distancias entre ellos quedan minimizadas por compartir un interés común, que se traduce en actitudes que distinguen su carácter de círculo intelectual. Según el cuadro que traza el autor, participan de una vida de semibohemia, con reuniones en cafés o en el cuarto del hotel en que vivía Ortiz Grognet, donde discuten sus puntos de vista sobre autores y lecturas preferidas. También menciona que si de alguna manera estaban presentes entre ellos algunas preocupaciones políticas, en ese tiempo éstas se orientaban a las tendencias humanitarias que se vinculan con el anarquismo y el socialismo. Sin embargo, estas inclinaciones no pasaban más allá del interés por la lectura de ciertos autores, que refuerzan el tono crítico con que contemplan a la sociedad burguesa⁶.

Esta actitud de distanciamiento de lo político responde, en parte, a una situación que de hecho había cambiado respecto al escritor

característico de la anterior generación del '80. Por otra parte, puede indicarse también que es una posición reivindicada como marca distintiva de la actividad literaria y artística, en una época donde se asiste a una creciente reificación de los comportamientos sociales. La defensa de la experiencia estética como un espacio alejado del fenómeno desencadenado con el mismo avance de la modernización socioeconómica, se convierte en un tema recurrente que funge como ideología legitimatoria de una élite intelectual.

En este sentido, otra influencia que hace su aporte para delinear el lugar de la nueva generación ante las circunstancias que atraviesa nuestro continente en la entrada del nuevo siglo es, sin duda, el *Ariel* de Rodó. A través de su elocuente oratoria, el escritor uruguayo convoca a las minorías ilustradas de América Latina a velar por el cultivo de los ideales éticos y estéticos simbolizados por el personaje central. La misión de la "alta cultura" de ejercer una dirección moral para transformar a la "masa anónima" en un pueblo civilizado, era necesaria -según entiende Rodó- allí donde una "enorme multitud cosmopolita" se integra a una estructura social y un orden político inestables, lo que exponía a los peligros de la "degeneración democrática"⁷.

El mensaje de Rodó alcanza gran difusión en el ámbito cultural latinoamericano, dando lugar al movimiento que se llamó *arielismo*. La tónica de afirmación del sentimiento americanista que lo acompaña, tenía sus raíces en las advertencias lanzadas por Rodó contra la civilización utilitaria representada por los Estados Unidos de Norteamérica. Asimilado como modelo a imitar por parte de nuestras élites dirigentes cuando prevalece la actitud que denomina "nordomanía" y cuyo carácter opuesto estaría ubicado en el desinterés espiritual que corresponde a la civilización latina. A partir del novecientos crece la demanda de muchos intelectuales latinoamericanos en favor de promover un cierto idealismo que, en líneas generales, trata de superar los marcos conceptuales en que se había venido interpretando la función de la cultura para procurar formas de expresión que reflejen la propia realidad. Al ser asumidas estas tendencias de acuerdo a distintas ecuaciones personales y circunstancias locales, generan diversas respuestas ante la situación de América Latina y, de allí también, los distintos proyectos a que dan lugar.

La revaloración de la tradición hispanoamericana

En el caso de los escritores que se habían concentrado en torno a la revista *Ideas*, luego de la disolución de la misma, se produce en un grupo de ellos una decantación de los componentes ideológicos descriptos anteriormente para dar lugar a una formación discursiva que vincula el papel rector de la cultura con la recuperación de los valores que dan cohesión a la nacionalidad. En Becher, que a pesar de su escasa obra literaria resulta una figura emblemática para su propia generación, y principalmente en los escritos de Manuel Gálvez y Ricardo Rojas se puede seguir la trayectoria que da nacimiento al nacionalismo cultural. La acentuación de algunos tópicos que funcionaron como ejes de sus discursos, permite reconocer el pasaje que se produce hacia los planteos nacionalistas y cómo, además, se construye una realidad simbólica que adquiere una dimensión operativa, en que esas ideas comienzan a permear otros discursos culturales y políticos de la época.

De la incompreensión de la "ciudad fenicia" hacia el artista, se desprende la necesaria función que tiene la búsqueda de la verdad y la belleza que realiza éste en un mundo signado por el afán de riquezas. El paso siguiente estaba también indicado en la línea del arielismo; consistía en afirmar la necesidad de recobrar los ideales que la sociedad está perdiendo en su camino hacia el progreso. Esos valores representaban el legado cultural de la civilización occidental, que debían ser resguardados en un mundo sometido al avance destructivo de la cantidad: la del *dinero* o la de las masas urbanas. Con mayor razón en las naciones donde el impulso del progreso moderno había incorporado un gran caudal inmigratorio, transformándolas en un conglomerado social amorfo y heterogéneo. Así, se concentra el discurso que da origen al espiritualismo nacionalista en dos obstáculos: la *inmigración* v el *materialismo*.

Desde esta perspectiva el intelectual asume ahora una nueva función social; es el encargado de hacer un llamado de atención que se lanza contra el peligro que acecha a la nacionalidad, ante el que se debe reaccionar a tiempo. De este modo podía afirmar Becher en 1906: "Todo debe, pues, inclinamos a defender el grupo nacional contra las invasiones disolventes, afirmando nuestra improvisada sociedad sobre

el cimiento de una sólida tradición"⁸. De este llamado a rescatar un pasado tradicional, cuyo depositario natural es el grupo criollo de viejo arraigo en el país, se nutre el naciente espiritualismo argentino. Ricardo Rojas y Manuel Gálvez se convierten en los principales exponentes de esta corriente ideológica, que aparece enunciada como proyecto de reforma cultural en el Centenario. Ya en los años previos a 1910 ambos escritores realizan una aproximación al tema de la "tradición", en la que puede ser reconocido un sustrato ideal que constituye la nacionalidad. Aun sin ser un programa orgánico, como el que enunciaría Rojas en *La restauración nacionalista* (1910), van a ser delineados algunos de los supuestos que desarrollaría esta tendencia de pensamiento para influir con su prédica nacionalista en la dirección seguida por la élite gobernante. El paralelo que se puede trazar entre Rojas y Gálvez, en cuanto a sus experiencias personales y la coincidencia de ciertos temas predominantes en sus escritos, muestra también un acento diferente que se traduce en la dirección que imprimen a su producción posterior. En su búsqueda de las raíces que definen las características del "alma nacional" ambos vuelven la mirada a las provincias del interior, donde reconocen la persistencia de tradiciones y costumbres argentinas que se han perdido en la cosmopolita Buenos Aires. La construcción simbólica de un lugar ajeno a la vida agitada y mercantil del mundo urbano indica un gesto romántico que los hace acercarse a la "riqueza" olvidada de las provincias. El recurso literario utilizado implica, además, reforzar la metáfora del "interior", lo más profundo, lo espiritual, frente a una región litoral volcada hacia afuera.

Rojas, en *El país de la selva* (1907), retrata ese mundo natural y primitivo, con sus relatos sobre entidades misteriosas que pueblan su lugar natal. El alma de la selva se infunde sobre sus habitantes, que la reflejan en su forma de vida y expresiones culturales arraigadas al paisaje. Es un mundo que se extingue por el indeclinable progreso que tala sus bosques para extender el ferrocarril, pero subsiste en el "espíritu" de sus tradiciones, que el escritor se encarga de transmitir. En este libro resume Rojas lo que representa una "metafísica geográfica" que informa buena parte de su obra. Lo que define como la naturaleza esencial de un país fluye de la tierra, animada por fuerzas atávicas. Ese país interior es así concebido como un núcleo concéntrico que irradia su influencia en el que entra en contacto con su espíritu secular, y al oponer su resistencia al avance de la civilización moderna puede lograr

una integración de lo foráneo en una nueva realidad.

En Gálvez se presenta el hombre del interior montañoso, apegado a las fuerzas telúricas y que conserva las tradiciones coloniales, en contraste con el hombre del litoral, tan contaminado de cosmopolitismo que es "casi un extranjero en su propio país", de cuya fusión final se puede derivar un nuevo tipo argentino. Sin embargo, como lo han mostrado Cárdenas y Payá⁹, el interior que retrata Gálvez es el de los pueblos tristes y grises de montaña, sencillos pero ignorantes, sin capacidad de dotar de su espiritualidad al dinamismo de las grandes ciudades. Es una "belleza de las ruinas", lo que finalmente va a describir en sus novelas inspiradas en el medio provinciano que conoce cuando era inspector de escuelas, en especial: *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) y *La maestra normal* (1914).

Por otra parte, introduce con énfasis en su libro *El solar de la raza* (1913) otro tópico frecuentado por el nacionalismo con la finalidad de encontrar el origen de una añeja tradición: el culto por España. El descubrimiento que realiza Gálvez en su recorrido por las ciudades peninsulares es el de la "espiritualidad" española, que proviene de su arte moralizante, de su literatura idealista y de su religión católica. Si la historiografía liberal había rechazado la herencia del pasado hispano-colonial, se trata de reconocer ese fondo común que nos vincula a la raza española. Lejos de ser considerado en su origen exclusivamente biológico, como lo tematizó el positivismo, la apelación al concepto de raza destaca su carácter inmaterial: "El idioma es quizás el único elemento caracterizador de las razas"¹⁰. De este modo, se contempla al lenguaje como depósito de los valores que identifican a un pueblo y, por lo tanto, debía ser preservado frente a los extranjeros que lo deforman.

De esa herencia espiritual de España, sumada al aporte de lo americano, se había formado el carácter argentino, el cual se manifiesta en su idealismo. Recuperar ese núcleo original y fomentarlo para producir una "espiritualización" del país son dos momentos inseparables, que constituyen la principal finalidad del nacionalismo de Gálvez: "Brava lucha es la nuestra. Tenemos que pelear lindamente en los libros, en los diarios, en la cátedra, en todas partes contra los calibanescos intereses creados que son los hábitos materialistas. Tenemos que

predicar maniáticamente el amor a la patria, a nuestros paisajes, a nuestros escritores, a nuestros grandes hombres; desentrañar el idealismo y la originalidad de nuestro pasado; y enseñar cómo estas cualidades de la patria romántica y pobre pueden salvar, sin menoscabarla en su grandeza material a la actual patria viviente"¹¹. Desde el enfoque de esta retórica arielista el enemigo contra el que se lucha no está proyectado inicialmente afuera, es dentro del territorio nacional donde se encuentra, concentrado en el ámbito decadente de la gran ciudad.

En Rojas se encuentra la misma motivación de transmitir ideales que eleven estética y moralmente a una sociedad entregada al afán de logros materiales, pero sitúa la relación entre lo europeo y lo americano con algunas variantes respecto de Gálvez. Ya en el prólogo del volumen que recoge sus impresiones de viaje por Europa aclara su postura: "Yo procuré ser útil a mi patria y digno de ella en el extranjero. Yo no llevé mi ofrenda de mirra salvaje a la casa de los pontífices literarios. Yo desdeñé el elogio fácil de los maîtres que ignoraban mi idioma. Yo me acerqué a hombres y monumentos con tal independencia mental que mis opiniones de meteco sublevaron alguna protesta. Yo dije a públicos del viejo mundo las esperanzas del nuevo. Yo torné más alto y puro mi corazón ante las nobles figuras del arte clásico. Yo admiré de Europa la razón secular de su cultura, e inspirándome en ella, prediqué a mis lectores del Plata un evangelio de belleza, y el objeto constante de estas Cartas, fue encarecer la devoción al ideal como contrapeso de los esplendores materiales. Ahí reside para mí la diferencia entre las nuevas y las viejas civilizaciones, y al admirar de estas sociedades la tradición civil de su cultura, no lo hice en detrimento de las cosas nativas: antes bien procuré dar nueva vida a ese culto europeo del ideal con la pasión americana de mi alma que enardeció la ausencia"¹².

Si bien reivindica a España por los lazos culturales e históricos que la unen con el país, cifrados en una raza y un destino comunes, no se da en él la adhesión cercana al misticismo que manifiesta Gálvez en sus textos. De las manifestaciones del renovado espiritualismo que representa la cultura española le interesa especialmente la repercusión de los escritores de la "generación del 98". Ángel Ganivet, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno, con quien comparte Rojas su amistad y una extensa relación epistolar, van a ejercer su influencia en la tarea

de restaurar la personalidad espiritual del país, que se impone como misión fundamental al nacionalismo argentino. Obviamente, las circunstancias que impulsaron al movimiento español a recuperar su identidad, luego de la pérdida de su última posesión colonial en América, eran muy distintas a la situación que atraviesa la próspera Argentina de principios de siglo, pero las categorías con que se elaboró la crisis española fueron un factor importante del horizonte ideológico de Rojas y Gálvez en su prédica ante la "desnacionalización" contra la que reaccionan.

El hecho de considerar como referente al movimiento regenerador español indica uno de los modos en que se produce la aproximación a la toma de conciencia de la unidad cultural de los países de habla hispana a principios de siglo. En el caso de Rojas, no impide que afirme a partir de allí una reivindicación de la propia realidad histórica y cultural de América Latina, con todas las lagunas y contradicciones que pueden ser señaladas en su concepción americanista. En una conferencia pronunciada en el Teatro Odeón en 1911, respondiendo a los motivos que alientan su nacionalismo, aclara: "Es una doctrina inspirada por el dolor de América, pero que redundará en beneficio de la civilización universal, dado que tiende a salvar los valores morales de esa civilización, puestos aquí en peligro por seductoras barbaries", y dentro de esa misión idealista de redimir estéticamente a nuestro continente declara que lucha contra un "monstruo" que "lleva en sus entrañas el barro negro de Calibán". El idealismo arielista se refunde así en el molde de la recuperación nacional ante las "fuerzas exóticas" que tienden a convertir "al hibridismo en argentinidad y en idealidad al mercantilismo"¹³. De algún modo, se trata de asignar a los jóvenes países latinoamericanos un sentido trascendente dentro de la tradición occidental, lo cual justifica también la propia posición del intelectual en esa empresa.

Por otra parte, son numerosas las posiciones que concurren en esa época a reforzar las raíces comunes de las naciones latinoamericanas para señalar un destino futuro de unidad, pero fueron enunciados de manera diferente en cada uno de los discursos que fundaron a partir de ellos un proyecto. Podemos mencionar, entre otros, a Manuel Ugarte como uno de los ejemplos que muestran, aún dentro del marco del espiritualismo arielista, otra perspectiva respecto del

problema de la integración cultural y política de las naciones latinoamericanas. En *El porvenir de la América Latina* (1909) expone, en términos de un programa concreto, los fundamentos de esa unidad cultural que debía conducir a conformar una "patria grande", frente a la amenaza imperialista de los Estados Unidos¹⁴.

En cuanto a las ideas de Rojas y Gálvez, aun teniendo en cuenta los diferentes matices de sus propuestas, pueden ser consideradas como parte de un mismo plan de reforma mental. Para producir esa reforma entienden ellos que es imprescindible someter a revisión las coordenadas ideológicas que habían sustentado el proyecto de nación moderna, a partir de la percepción promovida acerca de las condiciones en que se encuentra el país, que, en la medida que son señaladas como desviaciones negativas, requieren una modificación urgente. Por cierto que, como antes lo hemos señalado, el planteo que se desprende de la interpretación efectuada por el espiritual nacionalismo es sólo una de las alternativas ideológicas que se ofrecieron frente a los conflictos y dilemas de la época. Sin embargo, la paulatina adopción de sus ideas por algunos de los miembros de la clase dirigente, así como su difusión dentro de ámbitos intelectuales, indica que representaría de modo persuasivo una determinada imagen de la nación, lo que refuerza la propuesta política y cultural que se deriva de ello. Para comprender la incidencia que alcanza en nuestro país, es necesario además tener presente el contexto histórico donde hacen su aparición los discursos representativos de esta corriente, que es en el momento simbólico del primer centenario de la revolución emancipadora.

Crisis de legitimidad e identidad nacional en el Centenario

En el año de 1910 se asiste a un punto culminante del proyecto modernizador, bajo el cual se había realizado una profunda transformación de la nación argentina. La conmemoración del Centenario es también propicia para efectuar un balance del proceso desencadenado con fuerza desde hacía algunas décadas, respecto a sus consecuencias inmediatas y el trayecto que debía seguirse. Si en cierto modo la tónica general estuvo dada desde los festejos oficiales, que celebran la prosperidad vivida bajo el régimen oligárquico, también asoman los problemas que contiene ese mismo modelo político consolidado en el poder desde 1880. Y esto se torna visible cuando la dinámica introducida con la modernización socioeconómica sobrepasa

los límites en que se había propuesto canalizar institucionalmente el cambio que experimenta el país.

Los logros económicos celebrados en 1910, que resultan de un esquema marcadamente dependiente del proceso de expansión capitalista mundial, no alcanzan a disimular las tensiones existentes entre los diversos sectores que tratan de encontrar un lugar dentro del espacio social que había sido reordenado. Por medio de diferentes iniciativas políticas se trata de modelar la sociedad civil en un momento de transición, donde los reclamos ejercidos por ésta van a cuestionar los fundamentos sobre los cuales se había establecido el sistema de representación política en la república argentina, con un esquema reducido de participación democrática y una organización jerárquica que permite hasta ciertos límites las pretensiones de movilidad y ascenso social.

De hecho una nueva fisonomía se revela en los grandes centros urbanos, particularmente la región del litoral y la ciudad de Buenos Aires, que habían multiplicado notoriamente su población con la llegada de los inmigrantes extranjeros. El caudal inmigratorio incidiría de modo fundamental en la conformación de las clases sociales que se constituyen a partir del crecimiento diversificado de la actividad económica, que contribuye así a la ampliación y diferenciación de los sectores medios y obreros. El proletariado a su vez comienza a organizarse en agrupaciones sindicales, en cuya base ideológica influye la experiencia socialista y anarquista que traían algunos de los inmigrantes europeos. Estas nuevas clases reclaman por sus derechos laborales y políticos, con lo que se instala el conflicto denominado como "cuestión social" en la Argentina moderna.

Frente a la problemática social emergente se ensayan distintas respuestas desde la clase dominante, la cual, aún dentro de una cierta comunidad de ideas e intereses, presenta también disidencias entre las fracciones que la componen. En líneas generales, se dividen las posiciones en torno a las medidas que podían garantizar la legitimidad del poder político. Parte del sector más conservador se inclina por continuar las prácticas excluyentes, desconociendo las demandas respecto a la inserción plena de los sectores subalternos. Por otro lado, en lo que constituye el ala liberal reformista dentro de la renovación que se produce del elenco en el gobierno, se tratan de encauzar las

expectativas de una sociedad en vías de transformación a través de una serie de reformas institucionales y jurídicas¹⁵.

Por cierto que entre ambas posiciones se van a producir acuerdos en torno a iniciativas que permitían introducir cambios que contemplan la nueva situación del país, pero que tratan de no alterar sustancialmente la estructura de poder instalada. con el orden conservador. Sin embargo, en las tendencias reformistas, que tienen su máxima expresión hacia el Centenario, no sólo inciden las circunstancias que atraviesa el país y la perspectiva más volcada hacia lo social que asume el liberalismo en el contexto mundial, sino que van a dar lugar, cuando son efectivamente puestas en práctica, a una ampliación del espacio de participación que reviste consecuencias no previstas. Por ejemplo, entre las principales reformas finalmente implementadas se encuentra la referida a la instauración del sufragio universal, por medio del cual se busca descomprimir la presión ejercida desde diversos sectores, representados especialmente por los nuevos partidos que se habían formado durante esa coyuntura política. Aun cuando la ley de 1912 puede interpretarse como una medida oportuna que trata de encauzar las demandas de inserción de las nuevas formaciones sociales y políticas, la apertura producida va a desbordar los límites dentro de los cuales la clase dirigente que la impulsa había contemplado la posibilidad de perpetuarse en el poder bajo el nuevo régimen electoral.

Otro hecho que funciona como factor condicionante respecto a la revisión de las bases materiales e ideológicas del sistema político es la crisis de 1890, que había evidenciado tempranamente las limitaciones derivadas del modelo adoptado bajo el régimen del Unicato. El pragmatismo exhibido por el gobierno de Juárez Celman se traduce en una generalizada corrupción, prácticas fraudulentas y manejos especulativos que conducen al caos financiero. Si la ruptura institucional generada por esta crisis se soluciona inmediatamente no deja de tener repercusiones en el malestar denunciado al traspasar el siglo, ya que el manejo discrecional de los encargados de administrar el poder estatal continúa imperando en los sucesivos recambios presidenciales. Precisamente como reacción contra esta situación se encuentra la revolución encabezada por el movimiento de la Unión Cívica, bajo el lema de una "regeneración moral de la nación", que atrae la adhesión

de parte de las capas medias y obreras, así como de un grupo importante de sectores terratenientes tradicionales. Su presencia en las décadas siguientes marcaría la crisis de legitimidad que derivó en el desplazamiento del gobierno oligárquico.

Asimismo, desde el campo intelectual se produce una interpretación particular de la crisis que afecta a la sociedad argentina moderna. Existe una diversidad de respuestas de acuerdo a los distintos supuestos ideológicos que intervienen en la configuración de los discursos de la época, entre los cuales nos interesa señalar cómo la perspectiva elaborada por el espiritualismo nacionalista influye en los debates producidos a partir del Centenario. Uno de los ejes de discusión que se instala desde el ámbito cultural, es la indagación acerca de nuestra identidad nacional. Dicha cuestión no era totalmente nueva, pero adquiere ahora un énfasis y sentido especial en los textos fundacionales del primer nacionalismo cultural: *La Restauración nacionalista* (1909) de Ricardo Rojas y *El diario de Gabriel Quiroga* (1910) de Manuel Gálvez.

La problemática de la identidad va a ser tematizada en estos autores desde el enfoque de la recuperación de una "tradicción", que mencionamos en el apartado anterior. En este sentido, se trata también de "inventar" esa tradición nacional en la que la élite criolla se reconoce a sí misma como sujeto histórico destinado a regir los destinos del país. Distintos elementos identificatorios se construyen como mitos y símbolos que representan la genealogía de donde proceden los "legítimos" derechos a ejercer el poder por parte de un sector, condensados en una serie de oposiciones discursivas que producen una resignificación de las categorías sobre las que se había organizado el imaginario que da origen a la Argentina moderna. Así adquieren un nuevo sentido los términos: *barbarie, civilización, progreso, tradición, criollo, gringo*¹⁶.

La misma conceptualización de la nación que realizan Rojas y Gálvez desde los supuestos metafísicos del espiritualismo revela una operación ideológica que da sustento a la afirmación del propio grupo. De acuerdo a estas premisas se contempla a la nación como una entidad puramente "ideal", constituida por un núcleo de valores esenciales, de costumbres y de un idioma propios, que debían ser preservados frente al riesgo de su disolución. En primera instancia, según este esquema queda delimitada la preeminencia de la clase que de hecho tiene el control

político, cuya renovación únicamente se vislumbra al rescatar la función que cumple el intelectual como intérprete de la naturaleza esencial de la patria. Igualmente, no resulta fácil establecer una correlación directa y lineal de esta ideología con actores sociales y políticos precisos, en parte porque en los mismos términos espiritualistas con que ellos formulan su programa nacionalista, los sujetos que designan como encargados de realizarlo no son siempre explícitos. A esta indeterminación contribuye la situación reseñada anteriormente respecto de las divisiones producidas en el mismo seno de la élite gobernante, a lo que debe agregarse la representación de un legado tradicional de la nación que reivindica para sí el radicalismo.

A partir de ese panorama político conflictivo se van a definir las posiciones nacionalistas de Gálvez y Rojas, lo cual condiciona su inclinación por diferentes opciones, entre las que es necesario mencionar que ambos censuraron al movimiento antidemocrático que gestó el golpe de 1930. Por este motivo debe ser comprendida la corriente espiritual-nacionalista en función del contexto cambiante en que se insertan sus discursos, como es el que media entre el Centenario y la crisis del '30, en lo que influye también la incorporación de nuevas coordenadas ideológicas que van a dotar de una significación distinta a las enunciaciones de Rojas o de Gálvez¹⁷. Asimismo hemos dejado de lado a otra figura intelectual como Leopoldo Lugones, quien en el Centenario recién esboza algunas posturas nacionalistas, pero adquieren un carácter totalmente diferente a partir de la década del '20, cuando concluye en un nacionalismo conservador que promueve los gobiernos de corte militarista como solución. Sin duda se destaca la obra programática de Ricardo Rojas como la que expresaría de modo más acabado el conjunto de ideas características del nacionalismo cultural que surge durante el Centenario. A continuación, entonces, nos referiremos el recorrido que sigue este último autor desde esa época, para retomar con mayor precisión en la parte final la significación sociopolítica que puede asignarse a la ideología nacionalista.

2. DISCURSO Y PROYECTO CULTURAL NACIONALISTA EN RICARDO ROJAS

Afianzamiento y recepción del ideario nacionalista

Cuando Rojas publica *La restauración nacionalista* no tiene una repercusión inmediata en el medio local. Elaborado por encargo del gobierno con el fin de proyectar una reforma de los planes de estudio vigentes dentro del sistema educativo argentino, el libro presenta el carácter de informe oficial. Pero a través de sus páginas Rojas propone un programa más amplio que, además de tender a reforzar por medio de la escuela pública los ideales patrióticos que contribuyen a crear el sentimiento de pertenencia a la nación, sienta las bases de una renovación política y cultural asociada a la difusión que él promueve de la doctrina nacionalista.

Advierte ya que sus ideas no iban a ser bien recibidas, ni totalmente comprendidas en ese momento: "Medio siglo de cosmopolitismo en la población, de capitalismo europeo en las empresas, de abdicaciones en el pensamiento político, de enciclopedismo en la escuela oficial y de internacionalismo en la escuela privada, no favorecen, desde luego, la difusión de ideas nacionalistas". Y se cuida por esto de aclarar que la restauración del espíritu tradicional argentino que propugna estaba lejos de querer retornar al establecimiento de "formas económicas o políticas o sociales abolidas por el proceso lógico e implacable de la civilización"¹⁸. La intención del autor es ofrecer las bases de una reforma que considera necesaria a partir del estado de crisis que describe. No es la incompreensión de un público mayoritario lo que le preocupa, sino que su mensaje tiene un destinatario en particular, la voluntad política que debía ser la encargada de llevar adelante ese proyecto de nacionalización.

Concebida dentro de los límites fijados por la tradición democrática y liberal que fundó la República Argentina, su prédica nacionalista apunta a rectificar las desviaciones que a su juicio provienen del excesivo *cosmopolitismo* y *materialismo* que se habían instalado en la sociedad.

Para Rojas el cosmopolitismo es tanto una actitud mental, que si bien reconoce como necesaria en una fase de la evolución nacional, se transforma entonces en un obstáculo. Como también critica las consecuencias concretas que desencadenó esa forma de pensamiento

cuando se traduce en el plan de incorporar la inmigración extranjera, que había dado origen a una sociedad constituida por un agregado de elementos heterogéneos. No solamente se cuestionaba la diversidad de costumbres y pautas culturales que derivan de la entrada masiva de población de otros países, sino se desliza en su discurso la reacción que empieza a producirse en la élite dirigente, al asociar al inmigrante con los hábitos materialistas que han generado la pérdida de valores esenciales del país. El peso que tiene la clase política en esa "crisis moral", aún cuando se señala su incidencia, queda desplazado por centrar la atención en lo que se considera visiblemente como amenaza de disolución nacional.

Producto directo del proyecto de modernización que ayudó a forjar el progreso material del país, el componente extranjero comienza a ser contemplado como la principal causa de disgregación social. En un pasaje del texto, bajo la categoría de "elementos cosmopolitas", llega a colocar en un mismo nivel al obrero italiano con el capital británico, ya que ambos ejercen su influencia económica en detrimento de la población nativa¹⁹. No puede adjudicársele lo mismo un sentido directo de xenofobia al discurso nacionalista de Rojas, pero incorporado en el contexto histórico en que es enunciado seguramente va a contribuir en el cambio de valoración respecto al inmigrante, que acompañó en un plano práctico la serie de medidas de control ejercidas sobre la población extranjera, como la *Ley de defensa social* de 1910. El objetivo final de esta legislación no se dirigía tanto a restringir la inmigración, destacada generalmente desde el discurso político oficial como símbolo de "prosperidad" y de "concordia", sino era justamente la de rechazar la inmigración considerada "indeseable", es decir, el obrero anarquista o socialista que no se ajustaba a las pautas fijadas por la república conservadora.

El mismo Rojas trata de matizar sus afirmaciones en cuanto remarca la necesidad de asimilar el caudal inmigratorio a la sociedad argentina por medio de la educación. Una política educativa que tiene como meta inculcar una conciencia nacional estaba de hecho en vigencia, por ejemplo a través de la reglamentación de actos que establecían una liturgia patriótica, política, que era ejercida en forma centralizada desde el Consejo Nacional de Educación. Pero la enunciación de Rojas supone un marco conceptual que reforzaba el sentido de la propuesta de realizar una "argentinización" del inmigrante.

De este modo, se integraba el planteo del nacionalismo con una tendencia ya presente en las instituciones estatales a las que se les asigna la función de modelar la sociedad civil. Aunque sólo se trate en el caso de la educación de producir una reforma mental que indujera una cierta homogeneidad en torno a los ideales que cimentaban la patria, no debe descuidarse que contiene asimismo este "discurso escolar" una marcada connotación valorativa respecto a los distintos grupos culturales que componen en ese momento la sociedad²⁰.

En este sentido, las posiciones nacionalistas de Rojas generaron agudas polémicas en el ambiente intelectual del Centenario. Entre sus críticos se destaca la reseña bibliográfica que publica Roberto Giusti en la revista *Nosotros*, donde declara -en contraposición a las tesis de Rojas- que el aporte de la inmigración es un rasgo fundamental y decisivo en la formación de una nueva nacionalidad argentina. Y de allí puede ser afirmado un proyecto cultural arraigado en la tradición humanista y democrática, que posee un sentido universal. Pero además cuestiona Giusti lo que advierte como el sentimiento de rechazo que comienza a despertar el inmigrante entre los círculos dirigentes argentinos: "Incomoda a los criollos de pura cepa las nuevas ideas, incomoda la preponderancia que el elemento obrero extranjero o de estirpe extranjera, pero argentino de alma, toma en la vida pública"²¹. Lo que se pone de relieve también en la imputación de Giusti es el problema de fondo respecto del inmigrante en 1910, que gira en torno a la creciente tensión social, elaborada en algunos autores -como Rojas- apelando a motivos étnicos y culturales. Pero respondía, en última instancia, a la conflictividad latente en una sociedad donde aparecen sectores que reclaman una mayor participación, tanto política como cultural.

En este sentido, puede comprenderse también el cuestionamiento que realiza José Ingenieros -uno de los más destacados intelectuales de la época y proveniente también de la oleada inmigratoria- al concepto sustancial de nación que sostiene Rojas. Para el positivista Ingenieros la Argentina tiene una misión especial dentro de los países latinoamericanos justamente por el aporte de la raza europea, que contribuye a la constitución de una nacionalidad destinada a ejercer un papel destacado²². En el espacio abierto por esta polémica se plantea, además, el derecho a la inclusión de los inmigrantes entre los sectores "ilustrados" del país.

Ante estas y otras críticas que recibe el nacionalismo defendido por Rojas va a responder en sus escritos posteriores, donde trata de aclarar el carácter pacifista y democrático de sus ideas. Igualmente es posible constatar, además de la recepción favorable que comienza a tener *La restauración nacionalista* luego del comentario elogioso de autores extranjeros como Unamuno, Rodó, Maeztu y Jaurés, que logra en parte su objetivo al instalar como centro del debate el tema de la formación de una conciencia nacional. Por lo menos esto se hace evidente en los planteos surgidos en esa época, que vinculan estrechamente a la producción cultural con la función de sentar las bases de un pensamiento y una literatura auténticamente argentinas. Aún entre sectores intelectuales que, como hemos visto, rechazan las conclusiones que se desprendían del ideario nacionalista, aceptan sin embargo la necesidad de orientar los esfuerzos teóricos hacia la definición de una fisonomía cultural propia. En Rojas esta preocupación se transforma en el motivo central alrededor del cual gira su obra posterior, desde donde sostiene también la necesidad de realizar una reforma de la sociedad que tiene su punto de arranque en la afirmación del nacionalismo.

Sentido refundacional de la cultura argentina

Uno de los objetivos centrales de Rojas a partir del Centenario está enfocado en producir una interpretación de la conformación histórica y cultural del país, desde las pautas que había anticipado en *La restauración nacionalista*. En su reconstrucción del pasado intenta fijar una orientación diferente respecto a las perspectivas ideológicas dominantes en el pensamiento argentino desde la segunda mitad del siglo XIX, bajo las cuales se había fundado un proyecto de modernización que, si bien no juzgaba concluido, debía ser reformulado en cuanto sus postulados ideológicos habían conducido al estado de crisis que él señala en su época.

Con este propósito Rojas publica en 1910 *Blasón de plata*, donde recrea la configuración de la Argentina, desde el descubrimiento, la conquista y colonización, hasta la emancipación. Sitúa su estudio entre la epopeya y la historia, por medio de las cuales es posible develar las causas profundas que guiaron la formación de la nacionalidad. Así, encuentra que el devenir histórico argentino se explica por la influencia de una fuerza infusa arraigada en el territorio, que genera las diversas

fases de la conciencia nacional. Del sentimiento que despierta la tierra nativa deriva lo que llama *indianismo*, principio anímico fundante que propone para describir el desarrollo necesario seguido por el curso de la historia en nuestro país²³.

En contraste con la historiografía predominante en la época, de raíz liberal y positivista, que explica la formación de la República Argentina a partir de los factores históricos concretos que provocaron la ruptura con la metrópoli colonial, Rojas diluye el origen de la nación en un pasado mítico. Su concepción, con reminiscencias del historicismo romántico, asume un carácter decididamente metafísico a diferencia de los planteos positivistas. De este modo, ofrece una interpretación donde los distintos sucesos y actores que se presentan en el devenir histórico nacional responden, sabiéndolo o no, a ese destino cifrado en el *espíritu indiano* que emana de fuerzas telúricas. Independientemente del juicio crítico que pueda aplicarse a este enfoque interpretativo, hay que ubicar al planteo de Rojas como una respuesta a la tradición de pensamiento contra la que esgrime su nacionalismo. Asimismo inaugura una línea de reflexión sobre la temática de la identidad nacional que, principalmente desde el género ensayístico, se plasmaría en las décadas siguientes. Si bien en las versiones surgidas de ensayistas como Ezequiel Martínez Estrada o Eduardo Mallea van a darse variantes respecto al indianismo en que se resuelve esa primera aproximación sobre la naturaleza esencial que expresa lo argentino.

El mismo sentido precursor puede señalarse en cuanto a la reivindicación de lo indígena que se desprende de su postura. Salvo raras excepciones, más todavía si se busca en las figuras centrales de la cultura argentina, la consideración de algún rasgo positivo en los pueblos autóctonos había estado casi ausente en los discursos de la época²⁴. Por el contrario, una abundante lista de prejuicios venían gravitando sobre la valoración negativa del indio, que seguían justificando post factum su eliminación con la llamada "conquista del desierto". Un ejemplo paradigmático del juicio condenatorio que había concluido de configurarse en el discurso histórico oficial se da en el caso de Joaquín V. González. Contradiendo incluso el aporte de las culturas autóctonas que recrea en *La tradición nacional*, va a declarar luego, en su libro conmemorativo del Centenario, el resultado favorable de la extinción de la población indígena, en cuanto lo considera un

elemento contrario a la civilización y cuyas ramificaciones a través de la mestización racial estima que serían definitivamente eliminadas por la decantación que confía a la "sangre europea" introducida en el país²⁵.

Rojas ofrece una perspectiva diferente en la valoración del indio, al cual se lo incorpora dentro de su reconstrucción histórica como uno de los elementos constitutivos de la nacionalidad. No obstante, puede advertirse finalmente que la apelación al indígena funciona como figura retórica de su discurso, del mismo modo que va a ser recuperado el gaucho en otros escritores de la época. Es una imagen idealizada de los primitivos pobladores de las tierras americanas, a los que no se les reconoce ninguna intervención real en la historia reciente de la nación, ni mucho menos se los reivindica ante el exterminio y la exclusión que resultan de la política bélica con que se llevó adelante la extensión de las fronteras interiores. Aun cuando debe concederse que el modo en que Rojas elabora una representación del indígena no promueve directamente la justificación de estos hechos, tan común en los discursos de la época a partir de la recurrencia de las descripciones del indio "alzado", "salvaje" e "inadaptable a la civilización". Por el contrario, junto con la recuperación que realiza en trabajos posteriores de sus tradiciones, literatura y arte, va a contribuir a forjar una visión más humanizada del antiguo habitante nativo.

Pero el sentido que puede asignarse a este rescate de las culturas primitivas tiene que ver con la concepción que propugna Rojas. En el indígena se encuentra la expresión rudimentaria de lo que él entiende como "patriotismo", que proviene del sentimiento de amor a la propia tierra. A partir de esta creencia básica se explica la resistencia del medio local a las fuerzas que proceden de lo foráneo, hasta alcanzar su posterior integración en la historia argentina. Es una forma de interpretar la sucesión histórica que afirma que el sentido patriótico se va tornando conciente al encarnarse en los distintos sujetos y grupos sociales que representan al pueblo. La síntesis de este ideal que guía el devenir histórico se expresa en la elaboración doctrinaria integral que proyecta el nacionalismo.

Más provocativa resulta para su época la interpretación propuesta acerca del papel jugado por Rosas, que anticipa también los motivos desarrollados posteriormente por el revisionismo histórico²⁶. Además de sostener que el caudillo Rosas expresaba el verdadero sentimiento

del país, confirmado a través del apoyo popular que tuvo durante su gobierno, saca en conclusión que su política apuntaba a la realización de los principios de la revolución de mayo, en particular del *americanismo* y la *democracia*. A diferencia de la historiografía oficial, que admite la hegemonía rosista sobre el pueblo pero impugna los medios y los fines que persigue su gobierno, la versión nacionalista de Rojas presenta al período de los caudillos federales como un momento necesario donde se reafirman los elementos constitutivos de la forma política que define a la nacionalidad argentina.

Otro concepto que es resignificado en este libro es el de "raza", utilizado frecuentemente dentro del pensamiento positivista con una valoración negativa respecto al hombre americano. Si esta corriente había basado su descripción psicosocial de los caracteres que conforman los pueblos latinoamericanos en el componente biológico, de lo que se trata en el planteo de Rojas es de remitir el factor racial a otra instancia donde encuentra su fundamento, representado por su idea de una psicología colectiva que surge del propio territorio y da origen a los elementos culturales que constituyen a un pueblo. En este sentido afirma: "Las naciones no reposan en la pureza fisiológica de las razas -quimérica por otra parte-, sino en la emoción de la tierra y la conciencia de su unidad espiritual, creada por la historia, por la lengua, por la religión, por el gobierno, por el destino"²⁷.

Igualmente, el planteo de Rojas no logra desvincularse del determinismo con que algunos de los positivistas contemplan a la influencia de lo racial, en estrecha conexión con las teorías de Taine acerca del "medio" como formador de caracteres particulares, que había justificado grados de civilización diferentes según la jerarquización de los distintos pueblos. Aún con la carga metafísica que revelan estas nociones, apoyadas en un sustrato físico-naturalista dentro del registro positivista, se trasladan a la versión místico-naturalista de Rojas para remarcar el carácter singular de nuestra nacionalidad. Lo cual le lleva a afirmar la existencia de una civilización argentina, en cuya realización contribuyen distintos tipos raciales que encarnan en sucesivas etapas el designio del *espíritu territorial* nativo. Del primitivo habitante indígena, con el aporte del colonizador español, se había formado una "raza nueva y superior", el criollo, que manifiesta en la lucha por la independencia los ideales que definen la personalidad colectiva nacional.

La intención de fijar una nueva dirección ideológica en la cultura argentina se manifiesta en forma evidente en la reformulación que propone Rojas de la oposición entre *civilización* y *barbarie*. Desde que Sarmiento propone este eje conceptual como clave de interpretación para los enfrentamientos posteriores a la independencia, había sido adoptado en la mayoría de los discursos que legitimaron el proyecto de modernización nacional. A pesar de algunos matices respecto de la significación que va a conferirse a sus categorías fundantes según cada autor, existe un consenso generalizado en torno a las pautas que se derivan de ellas. Tanto para llevar adelante una serie de iniciativas (incorporación de la inmigración europea, extensión de la educación, sometimiento de los caudillos del interior y de la población indígena, etc.), como en la descripción que se realiza de la trayectoria seguida ya proseguir por la Argentina, funciona como referencia inmediata el sentido que había sido establecido por la dicotomía entre *civilización* y *barbarie*.

En cambio Rojas intenta desplazar el eje del conflicto en otro esquema categorial que expresa lo que él entiende como nudo de la historia argentina: "*el Exotismo y el Indianismo*, porque esta síntesis que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, me explican la lucha' del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavía"²⁸. Tal como sucede en la formulación sarmientina, cada categoría tiene de hecho un referente al cual designa, en particular, sujetos sociales cuya valoración depende de la posición que se les adjudica frente al conflicto básico que atraviesa la historia. Pero a diferencia de la *dialéctica de exclusión* que supone este primer planteo, la *dialéctica de integración* en que se resuelven las oposiciones en el esquema de Rojas, refuerza no simplemente el antagonismo entre los sectores que se enfrentan, sino la necesidad de asimilación que llevan a incorporar lo "exótico" dentro de un núcleo original nativo. Puede advertirse también en este planteo dialéctico, que se prolonga en la invocación de una "síntesis social" que caracterizaría su discurso político, la influencia del pensamiento krausista, todavía vigente en esa época²⁹.

Igualmente no es rechazada totalmente la validez del programa civilizatorio, sólo es rectificado en cuanto al carácter de defensa y

afirmación de lo propio que se debe adoptar como objetivo político fundamental. El intento quizás más innovador que promueve este último planteo, en relación con las ideas consolidadas desde mediados del siglo pasado, apunta a cambiar de signo axiológico a la barbarie, que no tiene que ser más identificada con algunas de las fuerzas históricas que han respondido al principio de "autonomía" nacional, como los caudillos federales, sino que ésta es asociada en cambio al "cosmopolitismo" que contempla como el principal obstáculo de su época. En definitiva, según el cuadro histórico esbozado en este libro se trata de dar una nueva dirección semántica a la anterior dicotomía de civilización y barbarie, al ser incluida en lo que se considera como un esquema más comprensivo de la tradición argentina.

Además de la perspectiva diferente que se desprende respecto a la evaluación de los procesos y actores que se presentan en la historia nacional, la inflexión conceptual operada por Rojas recibe un sentido explícito en relación con la realidad social y política de 1910. De su propuesta de restauración de un "linaje" que representa el "hidalgo criolla", como grupo que sintetiza los ideales que han cimentado la constitución del país, se deriva un mandato histórico: "Defendidos por esas conquistas de la historia, perpetuemos el tipo espiritual de los fundadores; sigamos dirigiendo la obra de la civilización; elevemos hasta nosotros las clases inferiores de la sociedad; esclarezcamos la conciencia de los nuevos ideales americanos en el alma de los nativos; no perezamos por insuficiencia como el indio, y seamos tales que la inmigración sólo nos obligue a integraciones o pérdidas parciales, necesarias a la civilización de América"³⁰. Como resulta evidente, el recurso a principios transhistóricos encierra en el discurso de Rojas una función ideológica que designa posiciones jerárquicas entre los distintos sujetos sociales y, en particular, justifica el lugar de privilegio del sector que se considera destinado a dirigir y esclarecer a los demás.

La etapa institucional: universidad, empresas editoriales e historia intelectual

A partir del marco doctrinario que había sido perfilado en el período del Centenario, Rojas proyecta su obra siguiente, que no se aparta en sus lineamientos generales de la finalidad de determinar la tradición, cultural y política, en la que se reflejarían las bases que cimientan el

mismo desarrollo autónomo del país. Según este objetivo es posible ubicar tanto el intento de ampliación teórica y su aplicación en el reconocimiento de una producción literaria auténtica mente argentina que postula en sus principales escritos posteriores, como también lo confirma por la dedicación a difundir las ideas del nacionalismo a través de su propia actividad académica y de los emprendimientos editoriales a los que va a dar impulso en esos años.

Con respecto a esto último, se destaca especialmente su tarea al frente de la cátedra de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires, creada en el año 1912, que luego se complementaría con la dirección del Instituto de Literatura Argentina, fundado en 1922, cuando Rojas es decano de la misma Facultad. Aparte de contribuir a la formación de una nueva escuela de investigadores, desde este Instituto se lleva adelante la revisión de textos consagrados y la exhumación de otros documentos que permanecían ignorados dentro de nuestra historia literaria.

Particularmente significativa resulta también la iniciativa que concreta al dirigir la famosa "Biblioteca Argentina", aparecida en 1915. De acuerdo a las ideas rectoras que venía sosteniendo desde *La restauración nacionalista*, con la publicación de esta colección se trata de acercar a un público ampliado los libros fundamentales de la cultura nacional. A través de su distribución a bajo costo la labor de difusión que persigue la Biblioteca Argentina queda enmarcada bajo objetivos precisos que se definen en el plan editorial. Entre ellos se destaca, debido al paréntesis que origina la primera gran guerra, el de relativizar la "influencia inmediata del pensamiento europeo, tan desorientado en los últimos tiempos", para "orientar y nutrir la conciencia argentina con el pensamiento olvidado de nuestros propios maestros"³¹.

La reedición de los textos que van a ser considerados entonces como los grandes "clásicos" argentinos del siglo XIX (Moreno, Echeverría, Sarmiento, Alberdi, etc.), junto con otros documentos del período colonial, contribuye a fijar un *corpus* literario que se mantiene por varias décadas como referente inapelable e invariante. A este propósito de establecer un conjunto decantado, y en cierto modo canónico, de los textos y autores representativos de la cultura nacional, además de la selección operada sobre los escritos que se incluyen en la colección, va a contribuir especialmente la evaluación crítica que acompaña a cada

publicación. A los juicios emitidos, ya sea elogiosos o condenatorios, les ha sido reconocida una gravitación considerable en la determinación de un sentido respecto a la lectura e interpretación de nuestro pasado intelectual, aún la realizada desde otras vertientes críticas debía indefectiblemente tenerlos en cuenta para ofrecer una valoración diferente de un determinado escritor y su obra³². La reconstrucción de las líneas directrices de una tradición literaria propia termina de consolidarse con el panorama general que trazaría años más tarde Rojas en su *Historia de la literatura argentina*.

Pero antes de ocuparnos de este último ensayo historiográfico en que culmina la labor hermenéutica de Ricardo Rojas, donde aplica las premisas del nacionalismo cultural, debemos referirnos a otro texto revelador de su posición ideológica, publicado para la conmemoración del centenario de la independencia. En *La argentinidad* (1916) describe el proceso de constitución política del país realizado bajo los principios del federalismo y la democracia, que -según trata de demostrar- ya se había manifestado de modo incipiente en los sucesos que van de 1810 a 1816. Si bien va a remarcarse en ese período la ruptura de los vínculos políticos coloniales, considera en su análisis que el país no había alcanzado a completar su independencia, sino que había sido necesario enfrentar diversas formas de sujeción que continúan hasta el momento actual que él describe: "Del extranjero dependemos por abyecto vasallaje de nuestras clases intelectuales y por dolorosa servidumbre de nuestras clases obreras. Somos todavía "colonia", y tenemos, no una "metrópoli", deshecha en 1816, sino varias: las del capital, las de la industria, las de la población y las ideas"³³. Desde esta perspectiva considera que las fuerzas que impulsan a concretar la autonomía provienen del destino trazado por un núcleo esencial de la nación, lo que designa como "argentinidad". Para el autor, la realización de este sentimiento debe así buscarse a partir de su expresión en una voluntad colectiva o popular, no sólo en la personalidad individual de sus próceres, sino afirma que es siempre el "alma nacional" que define el curso de los acontecimientos históricos.

La tarea desarrollada al frente del Departamento de literatura Argentina de la Universidad de Buenos Aires lo muestra dedicado a la divulgación de sus doctrinas en los ámbitos académicos, dentro de los cuales cobra resonancia el nacionalismo cultural. Por un lado, esta

intención se traduce en el rescate, periodización y crítica de documentos literarios que va a dar origen a su *Historia de la literatura argentina* (1917-1922), la primera obra sistemática y global sobre esta temática. Las pautas bajo las cuales ordena y valora los textos se enmarcan en el pensamiento del autor acerca de la conformación cultural a partir de un espíritu nativo: "La tesis de mi "indianismo" es que la tierra forja la raza; ésta revela un espíritu local a través del hombre; y aquella fuerza "divina" de los elementos primordiales, llega a manifestarse en un tipo nacional de cultura"³⁴. Por este motivo es que concibe a su obra como un "ensayo filosófico", que tiende a develar la "ley" que rige los hechos literarios, considerados éstos como un "todo orgánico" en cuanto son la expresión del "alma nacional".

En el esquema general en que se divide la *Historia de la literatura argentina* se destacan cuatro grandes partes. La primera corresponde a *Los gauchescos*, que no se limita a un período determinado sino que atraviesa de modo sincrónico y paralelo la entera producción literaria nacional. Rojas le asigna un carácter fundante a este tipo de literatura, al considerarla como la manifestación cultural más genuina, surgida de la relación del hombre (gaucho) con el medio (la pampa). El género gauchesco se extiende así desde los cantos de los payadores hasta las formas más depuradas que se alcanzan en los siglos XIX Y XX, como es el caso del *Martín Fierro*, elevado a la categoría de "poema épico nacional". Se ocupa luego de las tres etapas que se suceden cronológicamente: *Los coloniales*, que abarca desde la fundación de Buenos Aires a la Revolución de Mayo; *Los proscriptos*, de 1810 a 1880, donde se destaca especialmente la influencia de los miembros del romanticismo argentino y, por último, *Los modernos*, incluye desde la Generación del '80 hasta los escritores fallecidos antes del año 1920.

Aparte de mantener una concepción amplia de lo literario, que comprende distintas formas de escritura (textos, periódicos, documentos históricos, etc.) y aún la literatura oral (cancioneros anónimos, leyendas populares, piezas oratorias, etc.), cada período es analizado teniendo en cuenta las relaciones que existen con las distintas circunstancias históricas. En este sentido, son valoradas especialmente las expresiones literarias que dieron lugar al sentimiento americanista y democrático con un fuerte arraigo en la conciencia colectiva del pueblo, donde esas

manifestaciones tuvieron su origen o bien hicieron su aporte creador para luego ser asimiladas. De este criterio también se desprende el revisionismo cultural que preside el trabajo de Rojas, lo que lo lleva a proponer nuevas interpretaciones de escritores ya encasillados desde una determinada tradición historiográfica, o también a rescatar autores y textos que habían sido ignorados, realizando esta tarea crítica a partir de un tratamiento directo de las fuentes.

Con la publicación de su libro *Eurindia* (1922), Rojas va a cerrar su círculo reflexivo acerca de la nacionalidad considerada desde la perspectiva de su autonomía espiritual. En él desarrolla una propuesta teórica en torno a los principios de la "estética eurindiana", estética que resulta de la conjugación de lo americano y lo europeo como síntesis de nuestra fisonomía cultural. Siguiendo los lineamientos que había ya trazado anteriormente, su doctrina eurindiana sistematiza sus concepciones acerca de la literatura y otras disciplinas artísticas (música, danza, escultura, arquitectura, pintura) como formas de expresión originales surgidas de la experiencia histórica, donde es posible además reconocer similitudes entre las naciones americanas a través de los ciclos sucesivos que se presentan: *primitivo, colonial, patricio y cosmopolita*.

De acuerdo a la tesis sostenida por Rojas, la evolución cultural de la nación responde a la influencia de un principio inmaterial que había denominado "argentinidad", el cual se manifiesta también en otros procesos de lo que considera la historia externa, como los sociales, políticos y económicos. Por este motivo continúa negándose a identificar su realización con un sector de modo excluyente: "Algunos han tomado la palabra "argentinidad" como divisa de intereses particulares, algo así como pabellón nacional que protege las mercancías en el tráfico; pero el espíritu que argentinidad representa es contrario a toda bandería, a todo egoísmo, a toda cristalización institucional. Ni el ejército, ni la burguesía, ni el gobierno, ni un partido político, pueden creerse depositarios exclusivos de él"³⁵.

Más allá de esta definición de lo que constituye su objeto de estudio, que confirma de alguna manera la neutralidad que asigna Rojas al ideario nacionalista por no asociarse a ninguna fracción en particular, puede comprobarse que no deja de tener repercusiones en las

alternativas abiertas en esa época de transición a un nuevo orden político. Aun cuando su planteo en cuanto tiende a ser asociado con la misma naturaleza espiritual que guía el desarrollo histórico del país produce una representación del propio referente ideológico como irreductible a un plano material, encarnado por un grupo o institución, es posible ubicar el origen y efectos de su discurso en el contexto histórico desde donde resulta producido y al cual de alguna manera se alude.

Si tenemos en cuenta, por ejemplo, los cargos directivos en claustros académicos que ocuparía Rojas desde mediados de la década del '10, dan un indicio de la creciente influencia que alcanza su proyecto cultural. El decanato de la Facultad de Filosofía y Letras lo ejerce en el momento de ascenso del movimiento reformista estudiantil, ejerciendo una reconocida influencia los planteos críticos del nacionalismo cultural en el redactor del manifiesto liminar, Deodoro Roca³⁶. En un período signado por el clima de recambio ideológico e institucional que genera la Reforma universitaria Rojas va a ser elegido rector de la Universidad de Buenos Aires en 1926, cargo que ocupa hasta el golpe de 1930. Por su oposición a la dictadura militar que se instaura desde esa fecha, no sólo se aleja de su puesto al frente de la Universidad sino que es obligado en más de una ocasión a interrumpir su tarea docente, es encerrado en prisión y se lo llega a confinar a Ushuaia.

Bastaría mencionar este recorrido biográfico-intelectual de Ricardo Rojas para hacer notar la distancia que existe entre su nacionalismo y las doctrinas que sirven de sustento ideológico al régimen militar que asume el poder en 1930. Igualmente, referimos en detalle al proceso de redefiniciones que experimenta la corriente nacionalista a partir de esa ruptura institucional escapa a los límites temporales que fijamos para nuestra indagación. A manera de conclusión, retomaremos únicamente el tema de la significación sociopolítica que entendemos reviste el pensamiento representado por el espiritual-nacionalismo para indicar el modo en que se refleja en las posiciones adoptadas por el autor de quien nos hemos ocupado en esta parte.

Derivaciones políticas del nacionalismo cultural

Del análisis precedente acerca del modo en que es formulado inicialmente un proyecto de reafirmación nacionalista en Ricardo Rojas, se pueden extraer algunas conclusiones respecto a su

articulación con los procesos políticos de la época.

La formación de las ideas del espiritual-nacionalismo se vincula en primer lugar con la emergencia de un campo intelectual autónomo a principios de siglo. En la diferenciación de este campo incide la apelación al "idealismo", que caracterizaría la actividad cultural frente a las formas en que se había desarrollado precedentemente la función de la escritura, relacionada de modo estrecho con una práctica política. Esta representación del letrado anterior se hace más evidente en los miembros de la élite que toman a la literatura como medio de difusión doctrinaria, o simplemente como tarea ocasional y que redundan en el cultivo personal. Por el contrario, la nueva figura del escritor profesional reclama un grado de especialización que contribuye también a apartarlo de otras dedicaciones, independientemente de la mayor conciencia que posee de ejercer un oficio y la necesidad de subsistir del mismo.

En el caso de los autores pertenecientes a la corriente espiritual-nacionalista se advierte que no renuncian a seguir ejerciendo influencia sobre el ámbito de lo público, en cuanto generan una identificación entre los *bienes* que se cultivan desde la producción literaria y la necesidad de rescatar los *valores* esenciales que constituyen la nacionalidad. Ante una realidad social cambiante y conflictiva, que se percibe desde la óptica espiritualista como síntoma de la ausencia de *ideales* que predomina en un mundo moderno sometido a fines materiales, se busca una salida desde la "estabilidad" con que se connota al ámbito cultural. De allí también que se concluya en una respuesta singular frente a las contradicciones que atraviesa la sociedad argentina moderna, donde la solución política es contemplada desde una mirada estetizante que contiene también un sesgo elitista.

Si consideramos en particular el modo en que Rojas elabora la ideología referida al nacionalismo cultural, observamos que en su lado crítico posee un idéntico origen en el diagnóstico desencantado que produce la nueva generación de intelectuales de inicios del siglo. Cabe acotar que, evidentemente, no todos los cuestionamientos que se esgrimen ante la "crisis" conducirían a un planteo nacionalista, ni las causas de las crisis serían ubicadas del mismo modo. Aun cuando la temática de la identidad nacional constituye un punto de referencia en los discursos que contribuyen a la legitimación del campo cultural, son diferentes las formas de identificación planteadas según la tradición

que se reconstruya o deba corregirse. De allí también que la traducción de las críticas a la sociedad argentina moderna en una orientación socio política determinada registre también variaciones significativas, incluso dentro de la misma corriente del espiritual-nacionalismo, en cuanto intervienen las diversas trayectorias individuales de sus integrantes.

El trasfondo ideológico general en que va a enmarcarse el proyecto de Rojas no se altera de modo sustancial a lo largo de su obra escrita. Proyecto que básicamente consiste en propiciar una reforma mental enderezada hacia el arraigo del nacionalismo, entendido a la vez como doctrina y destino histórico, lo cual resulta congruente con las premisas de donde se parte, en cuanto se comprende a la nación como una entidad, en primer lugar, de naturaleza "espiritual". Como hemos indicado anteriormente, los mismos términos idealistas en que se elabora el discurso de Rojas evitan asociar claramente un sector social o político que sea el responsable exclusivo de llevar a término el programa de restauración que postula el nacionalismo. No obstante, desde la perspectiva que nos da una cierta distancia histórica y al mismo tiempo teórica, indicaremos las proyecciones políticas que pueden reconocerse en sus posiciones.

En una primera etapa, que se ubica próxima al Centenario, la prédica nacionalista contribuye a dotar de legitimación al sector del elenco gobernante que promueve una serie de reformas institucionales. Sin entrar a precisar las distintas motivaciones que confluyen en las iniciativas impulsadas, es posible constatar, por ejemplo en la implementación del sufragio universal y obligatorio, que la modificación del sistema político persigue mantener la continuidad del orden conservador. Adoptada como solución frente a la creciente tensión de la época, sería más bien una consecuencia posible, pero no deseada, la que lleva a perder el control del gobierno cuando se instaura el nuevo régimen electoral. Igualmente, lo que nos interesa destacar respecto a este momento de transición del poder político es la ambivalencia que muestra la posición nacionalista de Rojas. En un primer momento, si su discurso reconoce como destinatario principal al régimen conservador, mencionando también la aceptación que da Roque Sáenz Peña a *La restauración nacionalista*, confía en una necesaria renovación de sus cuadros dirigentes por la incorporación de una élite intelectual

que remplace a la oligarquía en declinación. Ante la imposibilidad que evidencian las fuerzas conservadoras de modificar sus prácticas e integrar a otros sectores sociales para cumplir con el objetivo de guiar el proceso de democratización, se canalizaría hacia otras alternativas posibles la realización del programa nacionalista. Entre ellas, aunque no deja de suscitar en principio incertidumbre, ejerce una atracción creciente el radicalismo, que a través de la oratoria de su líder Hipólito Yrigoyen identificaba el partido como la expresión auténtica de la nacionalidad misma.

En la instancia abierta por el ascenso del radicalismo al gobierno en 1916 y su posterior derrocamiento por el golpe militar de 1930, se iban a definir distintas posiciones en los representantes del pensamiento espiritual-nacionalista. Debe considerarse lo mismo este período de la historia política nacional como de transición ideológica, relacionado esto estrechamente con los convulsivos acontecimientos que se producen a nivel mundial durante la primera gran guerra y el triunfo de la revolución socialista en Rusia. Ante el nuevo panorama que se presenta, donde caen ciertos referentes en los que se podía encontrar un correlato del nacionalismo argentino, la variante elegida parece pasar más por una afirmación de los propios principios. En este sentido, hacia 1918 Rojas intenta impulsar un nuevo movimiento político, la "Alianza de la nueva generación", que en su acta fundacional profesa un alejamiento tanto del "cosmopolitismo liberal", como del "socialismo materialista".

El acento dado a la tradición democrática, que considera Rojas como uno de los pilares que dieron origen a la nacionalidad, lo inclinaría finalmente hacia el partido radical cuando es desplazado del poder político en 1930³⁷. En este movimiento vislumbra la capacidad para realizar la "síntesis social" que sigue sosteniendo desde sus ideales nacionalistas, pero en cuya concreción adquiere en esa etapa posterior una presencia más marcada el pueblo como agente histórico. Que el nacionalismo de Rojas concluya asociándose a esta formación política sólo indica relativamente una tendencia determinada que contiene su propia elaboración de estas doctrinas. Pero, como lo hemos tratado de mostrar, no se mantienen intactas en su significación ideológica desde un comienzo, sino que reciben un sentido distinto según la misma dinámica histórica de la época.

Notas:

- 1 Seguimos la caracterización sobre el desarrollo del espiritualismo que ha sido establecida desde los clásicos trabajos historiográficos de Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay* (México. Fondo de Cultura Económica, 1950) y de Arturo Roig, *El espiritualismo argentino entre 1850 y 1900* (Puebla, Cajica, 1972).
- 2 Coincidimos en esto con la apreciación de Oscar Masotta sobre el método *apriorístico y metafísico* empleado por Rojas. Cfr. "Ricardo Rojas y el espíritu puro", en: *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 5a época, año 111, n° 3, Buenos Aires. 1958. pp. 472-475.
- 3 En relación a las interpretaciones sobre esta corriente se encuentra el tradicional estudio de Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino* (Buenos Aires, La Bastilla, 1975). Allí se diferencian dos grandes líneas que conforman los movimientos nacionalistas: una que afirma la consolidación de las nacionalidades en la Europa, moderna, de raíz liberal, y otra que se plantea como doctrina política global a principios del siglo XX, en alianza con posiciones más conservadoras. La propuesta de Ricardo Rojas se presenta en este análisis como marcada mente crítica del proyecto liberal, crítica que va a continuarse con el nacionalismo doctrinario que lo sucede. Un tratamiento conceptual de las significaciones distintas que reviste la ideología nacionalista se encuentra en Cristian Buchrucker, "El nacionalismo como problema de la historia de las ideologías", *Revista de Historia Universal*, 1, Mendoza, UNC, FFyL, 1988, pp. 213-234. De consulta indispensable es la obra de Eric Hobsbawm, *Naciones y nacionalismo desde 1780* (Barcelona, Crítica, 1991), que ofrece un panorama global del desarrollo del nacionalismo a partir de la modernidad, develando los supuestos teóricos que dan origen a cada una de sus etapas.
- 4 Cfr. Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, "La Argentina del Centenario: campo intelectual. vida literaria y temas ideológicos", en: *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, Ariel, 1997. pp. 161-199.
- 5 Con respecto a la nueva función que asume la escritura con el cambio de siglo remitimos a la interpretación propuesta por Julio Ramos. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- 6 Manuel Gálvez, *Amigos y maestros de mi juventud*, Buenos Aires, Hachette, 1961, p.131.
- 7 José Rodó, *Ariel*, Caracas. Biblioteca Ayacucho, 1976, pp. 24-25.
- 8 Citado en Gálvez, op. cit., p. 37.
- 9 Cárdenas y Payá, *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*, Buenos Aires, Peña y Lillo.1978, p. 127 y ss.
- 10 Manuel Gálvez. *El solar de la raza*, Buenos Aires. Tor. 1913, p. 15.
- 11 *Ibid.*, p. 12.
- 12 Ricardo Rojas, *Cartas de Europa*. Buenos Aires, M. Rodríguez Giles editor. 1908, p. 8.
- 13 Ricardo Rojas, *Discursos*, Buenos Aires, La Facultad, 1924, pp. 214-215.
- 14 Cfr. Manuel Ugarte, *La nación latinoamericana*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.
- 15 Un panorama general sobre la situación económica, social y política de ese período se presenta en: E. Gallo y R. Cortez Conde, *Argentina. La república conservadora*, (Buenos Aires, Paidós,1987. cfr. especialmente p. 224 y ss.) y, también considerando otros aspectos históricos, G. Ferrari y E. Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*. (Buenos Aires, Sudamericana, 1980). En relación al proceso de reacomodamiento que experimenta el elenco dirigente puede consultarse: Jorge Sábato, *La clase dominante en la Argentina moderna: formación y características* (Buenos Aires, CISEA-Grupo Editorial Latinoamericano, 1989, pp. 151-175) Y el análisis referido al sector que se volcaría hacia el reformismo en: Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916* (Buenos Aires, Sudamericana, 1995). En el texto presentamos igualmente una interpretación propia sobre la realidad que atraviesa el país en la época del Centenario.
- 16 Cfr. Altamirano y Sarlo, op. cit., p. 182 y ss.

- 17 Acerca de la proyección que alcanza el espiritualismo nacionalista en la élite política resulta esclarecedor el estudio de Kenneth Weisbrode, *Spiritual Nationalism and Politics in Argentina 1900-1912: A Critical Interpretation* (Program in Latin American Studies, occasional paper series n° 27, University of Massachusetts at Amherst, 1991).
- 18 Ricardo Rojas, *La restauración nacionalista*, Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1909, p. 467.
- 19 *Ibid.*, p. 87.
- 20 Sobre este punto véase: R. Gagliano, "Nacionalismo, inmigración y pluralismo cultural. Polémicas educativas en torno al Centenario", en: A. Puigross (ed.), *Historia de la educación en la Argentina*, tomo 11, Buenos Aires, Galerna, 1991, pp. 281-307.
- 21 Citado en David Viñas, *Literatura argentina y política. De Lugones a Wa/sh*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996, p. 83.
- 22 Cfr. José Ingenieros, *Sociología argentina*, en: *Obras Completas*, Buenos Aires, Mar Océano, 1961, p. 46 y ss.
- 23 En la perspectiva seguida por Rojas es evidente la influencia de las concepciones que había sustentado la generación española del '98 como guía para revisar su propia historia. En especial, la noción de Miguel de Unamuno acerca de la "intrahistoria" como depósito de tradiciones vivas de un pueblo, que subsiste a pesar de las continuas transformaciones que conlleva el devenir histórico externo. También la tesis romántica sobre la influencia de la naturaleza en las características particulares de una nación, que sería retomada y ampliada por los representantes locales del espiritual-nacionalismo, tiene un lugar destacado en el pensamiento de Angel Ganivet, para quien es el "espíritu territorial" el que manifiesta lo más profundo de la personalidad histórica y espiritual de una nacionalidad. Cfr. Cárdenas y Payá, *op. cit.*, p. 120 y ss.
- 24 Hugo Biagini ha puesto de relieve algunas de las voces que se alzaron a favor del indio durante ese período, lo cual demuestra que resultan más numerosas de lo que se ha creído comúnmente en la historiografía argentina, aun cuando no dejan de representar una versión que no tuvo una fuerte incidencia en la valoración que predomina sobre la población nativa. Cfr. "El surgimiento del indigenismo", en: *Cómo fue la generación del ochenta*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1980, pp. 47-103.
- 25 Cfr. Joaquín V. González, *El juicio del siglo*, Buenos Aires, La Facultad, 1913, pp. 246-247.
- 26 Acerca de la función que cumple el revisionismo en la formación de una conciencia histórica nacional, entre cuyos precursores se ubica a Rojas, véase: Diana Quattrocchi-Woisson, *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1995, p. 36 y ss.
- 27 Ricardo Rojas, *Blasón de plata*, Buenos Aires, La Facultad, 1922, pp. 163-164.
- 28 *Ibid.*, p. 174.
- 29 Un influjo dialéctico similar, por ejemplo, ha sido destacado en el *Ariel* de Rodó. Sobre este tema véase el excelente análisis de Carlos Real de Azúa, "Prólogo a *Ariel*", en el libro citado de José Rodó, pp. XIX-XX.
- 30 *Ibid.*, p. 243.
- 31 Citado por Jorge B. Rivera, "La forja del escritor profesional (1900-1930)", en: *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor del América Latina, 1980, p. 341.
- 32 Para esa misma época Ingenieros da a conocer las obras de *La Cultura Argentina*, proyecto que en sus inicios quiere concretar conjuntamente con Rojas. Los autores y textos que se incluyen en esta otra reedición bibliográfica coinciden en su mayoría con la que dirige Rojas, aun cuando existen divergencias en cuanto a su evaluación historiográfica y también en los distintos criterios editoriales que tiene cada uno de sus promotores. Cfr. José Ingenieros, "Historia de una biblioteca", *Obras completas*, tomo 6, Buenos Aires, Mar Océano, 1961, pp. 290-293.
- 33 Ricardo Rojas, *La argentinidad*. Buenos Aires, La Facultad, 1922, p. 8.
- 34 Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*, tomo 1, Buenos Aires, Kraft, 1957, p. 57.
- 35 Ricardo Rojas, *Eurindia*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1980, pp. 85-86.

36 En el mensaje que dirige Deodoro Roca al Congreso estudiantil, reunido en Córdoba a los pocos días de iniciarse el movimiento reformista, menciona a Rojas entre los antecedentes intelectuales que denuncian la situación de "crisis espiritual" que vive el país: "Entonces se alzaron altas las voces. Recuerdo la de Rojas: lamentación formidable, grave clamor para dar contenido americano y para infundirle carácter, espíritu, fuerza interior y propia al-alma nacional; para darnos conciencia orgánica de pueblo. El centenario del año '10 vino a proporcionarle razón. Aquella no fue la alegría de un pueblo sano bajo el sol de su fiesta. Fue un tumulto babélico; una cosa triste, violenta, oscura." (Cfr. "La nueva generación americana", en: *La reforma universitaria (1918-1930)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, s/f, p. 146). El análisis detallado de la significación que tienen las vertientes ideológicas asumidas por este representante fundamental del reformismo universitario argentino puede verse en: Arturo Roig, "Deodoro Roca y el manifiesto de la Reforma de 1918" (*Universidades*, México, Unión de Universidades de América Latina, n° 79, 1980, pp. 88-115).

37 Los motivos de su acercamiento al radicalismo los expresa públicamente en un libro donde se remarcan los lazos históricos de la tradición democrática y popular del país que convergen en esta fuerza política, definiendo además en sus páginas el programa que debía continuarse luego de superada la proscripción. Cfr. Ricardo Rojas, *El radicalismo de mañana*, Buenos Aires, L. J. Rosso editor, 1932.